

al extranjero, pues al tratar de resistir no había conseguido mas que sobrexcitar la cólera del Czar; que la vida del padre de Ssokownin estaba seriamente amenazada por el Czar; Puschkin, finalmente, censuraba la vida poco cristiana de Pedro y su disipacion.

Se pensó en fomentar el descontento reinante entre los Strelitzs y los cosacos, é inducirlos á dar un golpe de fuerza. Es digna de notarse la observacion de Ssokownin, á saber: que los Strelitzs no tenían nada que exponer porque su ruina estaba ya resuelta. Se intentó dar muerte al Czar aprovechando la ocasion de un incendio motivado, al cual se esperaba acudiría el Czar como era su costumbre en tales desgracias.

Como se ve, los motivos personales de disgusto reconocian principalmente por causa los actos del gobierno de Pedro. El envio de los jóvenes rusos al extranjero y el viaje del Czar causaron la mayor desaprobacion. John Perry, que llegó á Rusia año y medio despues de este episodio y que tuvo ocasion de oír pormenores sobre el asunto, reduce la conjuracion al descontento de los grandes por causa de las innovaciones del Czar.

Pleyer, que se halló en la capital durante todo el tiempo, observa que la conjuracion iba dirigida contra el Czar, contra su familia y las personas que le rodeaban, y además contra todos los extranjeros (1).

La conjuracion del año 1697 que, segun dice Pleyer, fué descubierta á última hora, puede considerarse como la última chispa de la lucha entablada contra el trono en el año 1682. En ella se trató de reemplazar la persona de Pedro, siéndolo por la princesa Sofia que era la mas próxima, en razon á que el czarewicz Alejo no tenía mas que 7 años.

El pasado de Zickler, su complicidad en los actos sangrientos del año 1682, sus relaciones con los Miloslawsky, habían dado lugar á la enemistad entre él y el Czar. Zickler había sido el compañero de Schaklowity, el confidente de Sofia. No sabemos si la Czarewna estaba complicada el año 1697 en los planes de los conjurados, pero no se la menciona en la causa. Sin embargo, es cierto que se redoblaron las guardias del convento en que vivía á consecuencia de estos sucesos.

El antagonismo entre Pedro y los Miloslawsky se marcó mas y mas con la ejecucion de los conjurados. El mas importante de la familia de los Miloslawsky, Ivan Micaelowitz, había muerto en el año 1685, y á pesar de esto su cadáver hubo de figurar en el cadalso. En Preobraschensk fueron ejecutados públicamente el 4 de marzo los tres conjurados arriba mencionados, los cuales confesaron paladinamente en el potro; además fueron muertos tres Strelitzs, á los que primero les arrancaron las piernas y los brazos y despues la cabeza. En un carro tirado por cerdos fué llevado al cadalso el cadáver, ya descompuesto, de Miloslawsky, que fué sacado del sepulcro de la iglesia de San Nicolás, y le colocaron de tal suerte que la sangre de los criminales corria á torrentes por encima de sus restos. Sus ensangrentados miembros fueron puestos en una tribuna erigida al efecto en la «plaza hermosa» en frente del Kremlin y las cabezas sobre palos (2). Semanas enteras estuvieron allí estos testigos de la justicia vindicativa y del rencor personal de Pedro (3). Los parientes de los ejecutados fueron desterrados.

(1) En último término contra todos los alemanes existentes en Rusia. Véase Ustrialoff, III, 634.

(2) La descripcion de la ejecucion es de dos contemporáneos que fueron probablemente testigos oculares: el Diario de Gordon, III, 92, y el de Scheliabusky, pág. 112.

(3) Se dice que el cadáver de Miloslawsky fué tambien mutilado por los verdugos y los trozos arrojados por el suelo en las diversas cámaras

Un cambio importante se realizó pocos dias despues de la sangrienta escena del 4 de marzo. En vez de los Strelitzs, que hasta allí habían dado la guardia en las murallas de la capital, la hicieron desde entonces los soldados del regimiento de Ssemenowsk y de Preobraschensk, y á los primeros se les apartó todo lo posible de la capital, dándoles servicio en lejanas localidades. Desde entonces se desconfió de esta soldadesca. En lo sucesivo los mandos del ejército se dieron á oficiales alemanes (4).

El Czar levantó muy alto el estandarte de la civilizacion de la Europa occidental alrededor del cual se reunieron los oficiales de aquella region. El ejército nacional, los representantes de los tiempos antiguos fueron desterrados. La oposicion entre Pedro y las masas del pueblo con las cuales los Strelitzs se habían hecho solidarios, se marcó mas y mas. La intencion de Pedro, de viajar por el extranjero, había producido mucho disgusto. Pero no por esto se retrajo; antes bien marchó á los pocos dias de la ejecucion de los conjurados.

Esto podría calificarse de valentía. Cerca de la capital vivía Sofia en un convento. A este elemento peligroso, que se hallaba en el centro del imperio, había que agregar el de las tropas rebeldes de los Strelitzs que habían sido diseminadas por todos los puntos de la circunferencia del país. Había además mucha efervescencia de ánimos entre los cosacos y los sectarios, y aun entre los grandes del imperio no faltaba descontento.

Muchos años despues, cuando el nieto del Czar, el emperador Pedro III, quiso salir de su imperio para dirigir la guerra contra Dinamarca, en el Holstein, le avisó Federico el Grande del peligro que corria el imperio si él se ausentaba, y le aconsejó que á lo menos se llevase consigo á todos los elementos que pudieran fraguar conspiraciones (5).

Los contemporáneos de Pedro hablan de algunas medidas de precaucion que tomó el Czar. El autor de un libro publicado en 1698, observa que Pedro envió tantos jóvenes rusos al extranjero por motivos de seguridad, los cuales sirvieron como de rehenes de la fidelidad de sus parientes durante la ausencia de Pedro. Otro escritor de aquel tiempo dice tambien que «los voluntarios que iban acompañando al Czar sirvieron de rehenes de la fidelidad de sus padres.»

Lefort había tratado tambien de este punto algunos años antes en una carta que dirigió á los suyos. A propósito del viaje de Pedro á Arkangel, en el año 1694, decía que con el complemento necesario que se había dado á los nuevos regimientos, nada había que temer durante la ausencia del Czar, aludiendo ciertamente á la rebelion de los Strelitzs.

Es cierto que el peligro amenazaba no tanto de parte de los nobles, cuyos hijos debían marchar al extranjero, cuanto de las masas inferiores de la sociedad, de los Strelitzs y de los cosacos tambien, que tenían intimas relaciones con los aldeanos y con la plebe de las ciudades.

El Czar fué informado durante su permanencia en el extranjero, de varios desórdenes que estallaron en su país. Estando en Londres recibió una carta del agente diplomático ruso en Viena, Adam Stille, en la cual le manifestaba éste

del tormento. Véase Tumansky, Materiales para la historia de Pedro el Grande, I, 227.

(4) Compárese Scheliabusky, pág. 113. Pleyer escribía el 8 de julio de 1697. Los Strelitzs, instrumentos de esta y de todas las rebeliones, han sido enviados de Moscou á ciudades muy lejanas, y todos los puestos, así de la residencia como de toda la ciudad, están ocupados por los cuatro regimientos del cuerpo del Czar al mando de alemanes. Véase Ustrialoff, III, 637.

(5) Correspondencia de Federico el Grande con Pedro III en la Revista «Russkaja Starina», 1871, cuaderno de Marzo.

que un sacerdote polaco divulgaba en Viena la noticia de que en Moscou se había operado una gran revolucion; que Sofia ocupaba nuevamente el trono con Golizyn á su lado, en calidad de ministro; que todo el pueblo había reconocido sin la menor resistencia á la Czarewna como Czarina y prestado el juramento de fidelidad; que el sacerdote había mostrado algunas cartas como documentos justificativos y que se le había negado la audiencia que había pedido al emperador Leopoldo. Decía por último Stille que no se hablaba en Viena de otra cosa que de estos pretendidos cambios políticos de Moscou.

El Czar, que recibía á menudo noticias de su capital, no prestó crédito á estas historias; pero dió orden por conducto de Lefort al ministro imperial para que fuese detenido el sacerdote propagandista de falsas noticias. Sin embargo, el emperador de Austria se negó á consentir esta prision y los ministros declararon que su competencia no se extendía á personas del clero.

Tales rumores carecian de fundamento, y por tanto Pedro no tenía por qué renunciar á sus planes de viaje, por mas que se repitieran las noticias del gran descontento que reinaba en Rusia. En Viena se decía entre otras cosas, que los rusos estaban muy disgustados de la supuesta inclinacion de Pedro al catolicismo (1). Por fin, recibió el Czar la noticia de buen origen, de la sublevacion de los Strelitzs; y entonces ya hubo de renunciar á continuar su viaje y volverse pronto á Moscou. Pedro creyó que su presencia en el imperio era necesaria para castigar á los rebeldes. Ciertamente es que oyó ya en Polonia, segun vimos, que el peligro principal había pasado; pero cuán grave era la situacion, cuán grande la resistencia á las reformas, lo iba á ver en los años posteriores.

CAPITULO II

CATÁSTROFE DE LOS STRELITZS

Los Strelitzs habían servido de instrumento en las rebeliones que habían precedido. Aumentaron sus tropas rebeldes bajo la direccion del jefe de los cosacos, Stenka Rasin; sirvieron de verdugos en el año 1682; Schaklowity contó con ellos en 1689, cuando se trató de asegurar la posicion de Sofia en su lucha con Pedro, y Zickler y Sokownin esperaron con su auxilio quitar de en medio al Czar en el año 1697.

Estos hermosos dias de los privilegios habían ya pasado para los genizaros rusos. La organizacion militar que Pedro deseaba plantear exigió que los Strelitzs se trasformasen en verdaderos soldados, llegando á ser para el Estado un motivo de seguridad. Su antigua posicion excepcional iba á desaparecer. Antes de su catástrofe se sabe que tenían un pasado, pero no un porvenir. Ssokownin había fijado bien su situacion diciendo, que los Strelitzs no tenían nada que perder, y que por lo mismo podían emprender cosas arriesgadas.

En los simulacros que dispuso Pedro antes de la campaña de Azof, los Strelitzs eran los que sucumbían segun lo convenido, y esto indicaba que su ruina estaba ya resuelta. Los nuevos regimientos creados al estilo del extranjero, y cuyos mandos se dieron á jefes de fuera del país, eran probablemente mas valientes. Los Strelitzs excitaron mas de una vez la cólera del Czar en la campaña de Azof por su obstinacion y por su incapacidad para la guerra. Se les trataba como á hijastros del ejército y á muchos se castigó con severidad por su falta de obediencia (2). Estos regimientos tuvieron además

(1) Véase la carta del nuncio al Papa en Theiner, pág. 374.

(2) El tormento de algunos Strelitzs por haber huido cuando se trataba de dar un asalto, le recuerda Gordon, II, 593, y dice que fueron condenados al suplicio del knut.

muchas bajas en las campañas, principalmente en la de 1695. Se sabe que sus jefes no se esforzaban en economizar sus vidas y la falta de buena administracion militar contribuyó tambien á aumentar sus pérdidas. Los Strelitzs tenían, pues, muchos motivos de descontento.

No era esto un secreto. Por una carta que Vinio dirigió al Czar, inmediatamente despues de la toma de Azof, se sabe que la buena nueva fué acogida con verdadera satisfaccion aun en los barrios de los Strelitzs. Cuando en tiempos anteriores se interrumpian las campañas, todas las tropas regresaban á sus casas; pero en esta ocasion mandó Pedro que se quedasen allá algunos regimientos despues de la toma de Azof, volviendo otros á Moscou. Despues de las tentativas de atentado por parte de Zickler, Ssokownin y Puschkin, se procuró alejar á los Strelitzs de la capital mandando algunos regimientos al Sur, hácia el Don, para que vigilaran la frontera contra las invasiones de los tártaros; otros marcharon á las fronteras de Polonia y Lituania, quedando en Moscou solamente las mujeres é hijos de los Strelitzs.

Tres años sin interrupcion había durado el penoso servicio militar de algunos regimientos de Strelitzs, durante los cuales se quejaron de la mala alimentacion, de las fatigas y vejaciones del servicio, y de la dureza en la disciplina. De esta suerte no podía menos de haber descontento en ellos y este de dar lugar á insubordinaciones.

En las sediciosas proclamas que publicaron en el verano de 1698 hablaban los Strelitzs de la campaña de Azof, y acusaban al «hereje» Lefort de haberles sacrificado inútilmente en las posiciones mas peligrosas al pié de las murallas de la plaza sitiada, revelando en estas acusaciones el odio de raza. Recordaban luego el deber que ellos tenían de defender la verdadera fe cristiana y de levantarse contra los extranjeros que se «cortaban la barba y fumaban tabaco.»

Como los conjurados de febrero de 1697, así los rebeldes Strelitzs del año 1698, abandonando el terreno de las injurias sufridas, llegaron al fin á principios generales; á censurar el gobierno de Pedro y á llenar de improprios á los extranjeros.

El programa de la rebelion de los Strelitzs era mas bien negativo que positivo. Lo que querían no era fácil de averiguar, pero lo que no querían estaba bien claro: protestaban contra todo lo que procedía del extranjero.

Tal oposicion duró mucho tiempo. Los extranjeros tenían que sufrir mucho de parte del populacho. Las frecuentes injurias, burlas, vejaciones y toda clase de excesos á que estaban expuestos, les obligaron á quejarse á las autoridades. El Czar publicó un severo ukase á mediados del siglo xvii, conforme al cual se prohibían las injurias contra los alemanes bajo pena de un fuerte castigo corporal.

Cuando murió en Moscou el príncipe dinamarqués, Juan, elegido para yerno del czar Boris, los rusos celebraron este suceso. Cuando fué asesinada por el populacho la familia de Godunofi, poco despues de la muerte del Czar, se extendió el encono de las masas contra los médicos que habían disfrutado del favor especial de Boris. Les robaron y bebieron sus provisiones de vino. Cuando las guardias extranjeras defendieron con denuedo á Demetrio, dijeron los rusos: «¡Mirad qué perros fieles son los alemanes; matémoslos á todos sin excepcion!» Durante el período de las «perturbaciones» hubo mas de un ataque contra la vida y propiedad de los extranjeros, análogo enteramente á las persecuciones de los judíos, que sucedían generalmente durante la relajacion del orden social mas que en tiempos pacíficos. Los alemanes se hallaron muchas veces en peligro en el trascurso del siglo xvii, cuando las sediciones del pueblo y las rebeliones de los soldados. Conocemos la catástrofe del médico Gaden y

del farmacéutico Guttmensch, acaecida en marzo de 1682 durante los días del terror; y si el médico Blumentrost se libró de correr igual suerte, lo debió únicamente a la intervención personal y a los ruegos de la regente Sofía.

Los tiempos de Pedro eran muy favorables para dar aliento al odio de los rusos contra los extranjeros. Para las masas conservadoras, apegadas a lo antiguo, era el arrabal alemán como una espina en el ojo. Quisieron acabar de una vez para siempre con todos los aborrecidos europeos del Occidente. El diario de Korb correspondiente a los años 1698 y 1699 contiene varios rasgos que ilustran esta oposición irreconciliable. Refiere que cuando los alemanes ayudaron a extinguir las llamas de un incendio, los rusos les acusaron de ladrones, y llegaron a echar al fuego gran número de extranjeros; dice también que había a menudo grandes peleas entre los extranjeros y los rusos; que dos oficiales alemanes fueron atormentados a consecuencia de acusaciones de los rusos, y que después confesaron los denunciantes que su acusación era falsa, etc. Enfrente de tal preocupación nacional, parece casi ingenua la observación de Korb; a saber, que los rusos eran muy ingratos a los beneficios que recibían de los extranjeros.

También los altos círculos de la sociedad rusa les tenían grande aversión. Si un político ilustrado como Ordyn Nashtchokin declaró en tiempos del zar Alejo que en el fondo no debían tener nada común con los extranjeros; que en idioma, usos y costumbres, lo mismo que en el vestir, debían distinguirse los rusos de los demás pueblos, no debe sorprender que el clero empleara su influencia para impugnar lo que venía del extranjero siguiendo las tendencias tártarobizantinas del pueblo. Ya en otro lugar hemos expuesto las ideas limitadas del patriarca Joaquín. Pero también el ilustrado serbo Jury Krishanisch, que debió su instrucción al Occidente, y que desempeñó por decirlo así el papel de mediador entre la Europa de Occidente y Rusia, siendo en cierta manera el precursor inmediato de Pedro, se mostraba muy indignado por la elevada posición que ocupaban en Rusia los extranjeros, aun los protestantes, entre otros, los holandeses y los ingleses. «Nuestro pueblo, decía, está agobiado con tal maldición de extranjeros: alemanes, judíos, escoceses, gitanos, armenios y griegos; todos los cuales chupan su sangre.»

Krishanisch comparaba a los comerciantes extranjeros de Rusia con las langostas y los parásitos, y decía que eran la verdadera peste del país. Cuenta asimismo que lo peor que podía suceder a una nación era estimar únicamente a los extranjeros; que los pueblos que además del latín y del griego aprendían otros idiomas se degradaban *ipso facto*: que la afición a los extranjeros era una enfermedad; que no debía nadie dejarse llevar de su amabilidad exterior, porque ellos con sus lágrimas medraban a costa de los rusos; que estos tenían menos amor propio que los turcos y los tártaros, porque toleraban las afrentas de los extranjeros. «Estamos, decía Krishanisch, destinados por la fatalidad para ser víctimas de la dominación extranjera y les tenemos encima de nosotros, y cual domadores de osos nos ponen el anillo en la nariz para llevarnos a su antojo; ellos son los dioses; nosotros los locos; ellos son los señores del país; nuestros reyes son sus esclavos.» Krishanisch, por último, recuerda con toda seriedad el ejemplo de la China que no admitía extranjeros en su país, en lo cual hacía muy bien.

Muchos contemporáneos de Pedro que luego pertenecieron al número de sus colaboradores y partidarios, se mostraron muy reservados en su trato con los alemanes. Ivan Possoschkoff dice: «Es verdad que los alemanes nos son superiores en ciencia; pero los rusos no tienen, a Dios gracias, menos disposición natural que ellos; así es que nos despre-

cian sin razón.» Proponía medidas hostiles contra los comerciantes extranjeros; aseguraba que nadie debía fiarse de los militares extranjeros, ni de los vendedores de armas, y atacaba duramente al luteranismo. En igual sentido habla en sus escritos el clérigo Estéban Yaworsky, que después de la abolición de la dignidad patriarcal ocupó el primer puesto eclesiástico.

Si los discípulos de la Europa de Occidente como Krishanisch y Yaworsky, si entusiastas partidarios de Pedro como Possoschkoff, pensaron de esta manera, no debe extrañar que los Strelitzs, pertenecientes a la masa del pueblo conservador, se levantasen contra los extranjeros y contra un gobierno que permitía a los herejes extranjeros ejercer su poder e influencia. Lefort, el héroe de la campaña de Azof, que tan fatal había de ser para los Strelitzs, era aborrecido de todos ellos (1). Gordon llegó a ser su vencedor. No sin motivo dirigían su odio contra la «Sloboda alemana», que entonces era por decirlo así la verdadera capital del imperio, pues Pedro la había elegido con preferencia para su residencia.

No es fácil formarse una idea cabal sobre los motivos de la rebelión de los Strelitzs tan solo por las observaciones que contienen las relaciones de los extranjeros y por las confesiones arrancadas durante los tormentos que aquellos sufrieron. En sustancia convienen los dos orígenes en los siguientes puntos.

Cuando estalló la rebelión se hallaba en Moscú una embajada imperial a cuyo frente estaba Guarient, el cual envió al emperador Leopoldo algunas relaciones que sacadas del archivo de Viena fueron publicadas por Ustrialoff. Formando parte del séquito de la embajada se hallaba Korb, el autor del *Diarium itineris in Moscoviam*, el cual dedica en su obra un lugar preferente a tratar de la rebelión de los Strelitzs. Guarient y Korb estuvieron en relaciones íntimas con el general Gordon, a quien cupo el gran mérito de vencer la rebelión. Tuvieron por lo tanto la mejor ocasión para saber con verdad los detalles de aquel episodio.

Guarient participó al emperador en su relación de 17 de octubre de 1698, cuando tocaba ya a su término la instrucción del proceso sobre el origen de la rebelión, y cuando empezaban ya las ejecuciones, que la influencia de Lefort y la idea inspirada al Czar de viajar por el extranjero y realizar otros «procedimientos culpables», habían agotado la paciencia de los Strelitzs; que los muchos alemanes que se hallaban en Moscú eran tanto más aborrecidos cuanto más aprecio y estimación parecía mostrarles el Czar y más desvío manifestaba respecto de los rusos, de suerte que estos no podían tener ninguna esperanza de medro; y que por esto los Strelitzs habían urdido el plan de poner fuego al arrabal alemán y pasar a cuchillo a todos los extranjeros. Decía además Guarient que la administración de los boyardos había sido tan arbitraria y abrumadora, que muchos habían caído en una extrema pobreza por exacciones «tan anticristianas» y que por esto habían pensado asesinar a un gran número de boyardos. Por último, habla de la intención de elevar al trono a Sofía y nombrar a Golizyn su primer ministro (2).

Por tanto, unas Visperas Sicilianas, una revolución política, una cuestión personal respecto del trono; tal era el programa, y sus motivos, entre otros, el trato insufragable que experimentaban los Strelitzs y los grandes sacrificios que se les exigían.

(1) Butenant de Rosenbusch decía en una carta que dirigió a Ginebra con fecha 12 de mayo de 1693, que Lefort era muy querido de los soldados (de los nuevos regimientos), que trabajaba mucho con ellos, y que llegarían a ser muy hábiles. Véase Posselt, Lefort, II, 208.

(2) Ustrialoff, III, 628. Casi de la misma manera describe Web-er las causas de la rebelión. Véase III, 236. Confesiones conformes con los interrogatorios en Ustrialoff, III, 161.

En la causa instruida contra ellos con un rigor sin precedentes, no dió Pedro importancia al odio de los Strelitzs contra los alemanes, ni tampoco a sus planes urdidos contra los boyardos. Los interrogatorios versaron casi exclusivamente sobre si realmente tuvieron la intención de elevar a Sofía al trono, y si la misma princesa ó sus hermanas habían tomado parte en aquellas intrigas ó dado la iniciativa.

No puede decirse que el proceso diera resultados positivos; la tradición en tiempos posteriores ha presentado datos de la culpabilidad de Sofía, pero estos datos no merecen crédito.

Es indudable que después del año 1689 hubo por mucho tiempo gran tirantez de relaciones entre Pedro y Sofía. Se dijo después que Pedro antes de su salida al extranjero había visitado a su hermana en tono de despedida, pero que esta se mostró tan fría y altanera que aquel salió del convento muy alterado (1). Estas noticias pertenecen a la anécdota.

Tampoco merece fe la relación de que los Strelitzs hubieran construido en el año 1697 una galería subterránea por debajo del convento en que vivía Sofía con la intención de dar libertad a la prisionera y que fueron sorprendidos por la guardia que se hallaba delante del convento (2). Esta anécdota se contó también algunos años después, pero nada encontramos que la confirme en los documentos contemporáneos que abundan por otra parte en detalles sobre sucesos análogos.

La situación de las hermanas de Pedro era muy crítica, pues durante la ausencia de este fueron tratadas con poca consideración. Recibían menos asignación; pasaron como solidarias de los hechos de su pariente Ivan Miloslawsky, sobre cuyo cadáver se vengó Pedro en época anterior, y se hallaron, sobre todo Sofía, en la mayor oposición con el Czar. Por esto se comprende fácilmente su idea de aprovecharse del descontento general para producir un cambio. No cabe duda que cada noticia de alguna sobrecitación general fuera oída con satisfacción en los círculos de las princesas.

Las camaristas de las princesas mantuvieron íntimas relaciones con las esposas de los Strelitzs que gemían en Azof y en la frontera de Polonia y de Lituania bajo el peso de un impuesto de guerra por demás oneroso. También se cuenta que la princesa Sofía tuvo conversaciones subversivas con los soldados de un regimiento de Lefort, que estaba de guardia delante del convento, en abril de 1697, y por tanto casi inmediatamente después de la salida del Czar para el extranjero; y que se compadecía de los pobres soldados porque solo recibían un salario miserable (3). Estaba además en relaciones con el exterior por medio de los mendigos que iban en gran número a visitarla.

En marzo de 1698 se presentaron en Moscú 175 Strelitzs que habían desertado de sus regimientos que marchaban de Azof a la frontera de Lituania. Sin embargo, no empleó el gobierno medidas enérgicas contra los desobedientes juzgando que era necesario negociar con ellos.

(1) Karabanoff oyó en la segunda mitad del siglo pasado esta anécdota al hijo de un hombre que había acompañado a Pedro al convento, según se decía. Véanse los detalles nada seguros en la revista «Russkaja Starina», 1871, XI, 585.

(2) El propagador de anécdotas Stählin dice haber oído este episodio de boca del mismo Trubezkoi, que mandaba la guardia del convento. Ssolowieff, XIV, 263, opina que no hay motivo fundado para dudar de la exactitud de esta relación; pero en el mismo Stählin se encuentran otras de Trubezkoi que, a lo menos en los pormenores, tienen toda la apariencia de fábulas.

(3) Así lo refiere también Ssolowieff, fundado sin duda en los documentos de los archivos, XVI, 266. Tal vez haya un error en la fecha 1697 y sea 1698; pues tales erratas se encuentran a menudo en la obra de Ssolowieff.

Se presentaron al gobernador de Moscú, el boyardo Romodanowsky, al cual en bromas llamaba Pedro el rey, y se quejaron del mal trato y mezquino sueldo que tenían. Los que hablaron fueron presos, pero en camino para la cárcel lograron la libertad por medio de sus compañeros que les hicieron soltar a la fuerza. Los grandes señores se asustaron, según refiere Gordon, y fueron a buscar a su consejero, a Gordon, que no dió importancia al asunto; sin embargo tomó algunas medidas de seguridad. A los rebeldes se les persuadió a que volviesen a sus regimientos.

De los interrogatorios hechos después de la catástrofe de los rebeldes resultó que en el tiempo en que los desertores habían estado en la capital había habido ciertas intenciones entre ellos y las princesas. Algunos de ellos mandaron a estas un folleto por mediación de una pordiosera, folleto que no ha sido habido y que no se sabe si contenía alguna proposición relacionada con su subida al trono.

Tampoco se ha conservado la contestación que dirigió la princesa Sofía a los regimientos de Strelitzs que se hallaban cerca de Welikye Luki, en la frontera de Polonia. Su contenido se conoció solamente por las confesiones de los Strelitzs que fueron atormentados. Sofía, según estos, les aconsejó que marcharan a Moscú con el fin de liberarla y colocarla al frente del gobierno, etc. No es posible sin embargo asegurar que Sofía escribiera en este sentido a los Strelitzs.

Se dijo además que las princesas habían divulgado el rumor de que ya no llegarían más noticias del Czar y que su regreso del extranjero era muy dudoso.

Es verdad que por algún tiempo no llegaron noticias del Czar, y que el gobierno de Moscú estaba por esto intranquilo. Una carta que dirigió Pedro a Romodanowsky desde Amsterdam, el día 9 de mayo de 1698, contiene indicaciones muy notables acerca de este punto y de la manera como juzgó el Czar la debilidad del gobierno en el asunto de los Strelitzs. En ella decía entre otras cosas: «Me hablas de la rebelión de los Strelitzs y de la manera como logró sofocarla el gobierno con ayuda de los soldados. Esto me complace, pero por otra parte lo siento y estoy muy disgustado contigo, porque no has empleado el tormento. Dios te juzgue. No era esta nuestra manera de pensar cuando nos hallábamos juntos en nuestra casa de campo. Si creáis que yo había muerto porque ha sufrido retraso el correo y por esto no juzgásteis conveniente tomar medidas enérgicas, os habéis equivocado: ninguno de nosotros ha muerto, antes bien gozamos de salud. No sé por qué ese miedo mujeril que se ha apoderado de vosotros. ¡Cómo si no sucediera á veces que el correo sufra retrasos! ¿Cómo es posible que seáis tan pusilánimes? Te ruego que no te enfades conmigo por lo que acabo de decirte; lo escribí á impulsos de mi primera excitación (4).»

Vinjo había escrito también a Lefort manifestándole su intranquilidad porque hacía tiempo que no se recibían nuevas del Czar y éste a su vez le echó en cara su pusilanimidad.

La falta de noticias acerca del Czar daba lugar a que el descontento fuera más general y mayor la sobrecitación de los ánimos. Corrieron varios rumores por esta causa. Se decía que los boyardos habían querido dar muerte al czarewicz Alejo, que uno de ellos, Streschneff, había tenido la intención de usurpar el gobierno, que la czarina Jewdokia había sido por estos maltratada, etc. (5).

(4) Véase Ustrialoff, III, 439. Parece que antes de la salida del Czar, este y Romodanowsky habían concertado las medidas que habían de tomarse en caso de una rebelión.

(5) En uno de los interrogatorios se dijo que la princesa Marfa, hermanastra de Pedro, había referido tales cosas. Ustrialoff, III, 160.